

**Verdad social y teológica en la construcción de la paz. Recursos desde nuestra fe**  
**Tercer Congreso de Reconciliación**  
**23 – 25 de mayo de 2005**  
**Bogotá, Colombia.**

**Robert Schreiter, C.PP.S.**

**Introducción**

Lograr la reconciliación en el contexto social es un proceso sumamente complejo. Lo mismo a nivel individual, puesto que la reconciliación representa a menudo, un camino largo y a veces difícil. Los desafíos que enfrenta la reconciliación individual se aumentan en los procesos sociales, precisamente donde se involucran poblaciones sumamente grandes, y donde la maldad algunas veces afecta a varias generaciones, como ha sido el caso de Colombia. Con frecuencia los asuntos internos en sí mismos están enmarañados de tal manera que se hace difícil identificar las causas principales, a no ser en casos muy generales.

Una definición de reconciliación social, que nos sirve para el fin que nos reúne, sería algo así: la reconciliación social lucha por nombrar y sanar la maldad del pasado, y por crear condiciones sociales que garanticen que tales acciones jamás vuelvan a repetirse. Partiendo de esta definición resulta muy claro que hay ciertas situaciones que deben realizarse como preludio a la reconciliación social. Tiene que nombrarse la maldad del pasado por lo que realmente es, a la vez que debe emprenderse un serio proceso que lleve a sanar las consecuencias del mal perpetrado. Las estructuras y comportamientos sociales deben limpiarse de los modelos de conducta que perpetúan la maldad, también debe establecerse una nueva estructura que conduzca a la gente a una vida justa. Más aun, deben ponerse salvaguardias en esas estructuras, de tal manera que las instituciones y la sociedad no caigan nuevamente en su antigua manera de proceder.

Una parte central de este trabajo de reconstrucción social es el decir la verdad. Corregir la historia del pasado para reflejar la verdad (en lugar de la falsedad que se propaga a menudo o de las versiones que compiten con la verdadera) es parte del establecimiento de una cimentación segura en la construcción **de un nuevo orden social**. El adoptar la declaración de la verdad como una práctica común, es parte del establecimiento de relaciones justas y confiables.

Esta presentación explora algunas dimensiones de decir la verdad en áreas del trabajo orientado hacia la reconciliación en su dimensión social y teológica. Antes que nada, primero examinará cómo funciona el decir la verdad en **el proceso** de reconciliación social. El saber en qué momentos deben enfatizarse estas prácticas es de suma importancia para la continuidad de la reconstrucción social, así como para las relaciones que asegurarán su funcionamiento en una manera saludable. En segundo lugar, presentaré la comprensión bíblica y espiritual de la verdad, la cual apoya la construcción de una sociedad justa. El ministerio de la reconciliación es tanto una espiritualidad como una estrategia: hay actitudes que apoyan y que por lo tanto, hacen posible la reconciliación. Particularmente cuando se ha vivido un período de conflicto sumamente extenso, como ha sido y se continúa el caso de Colombia, es muy importante contar con los recursos espirituales que sostengan a los agentes de reconciliación en su arduo trabajo.

## **El decir la verdad en el trabajo de la reconciliación social**

El establecimiento de la verdad respecto a lo que ha sucedido en el pasado se ha convertido en piedra angular para la reconstrucción de una sociedad luego de un período de violencia y maldad. En este proceso hay cuatro elementos que quiero describir: (1) romper el silencio respecto a lo que ha sucedido; (2) narrar fiel y directamente la historia respecto al pasado; (3) la función de las Comisiones de la verdad y la reconciliación; (4), la verdad como un preludio a la justicia.

### **Romper el silencio**

La maldad florece bajo el encubrimiento del silencio y el engaño. En tiempo de guerra y bajo las dictaduras, se secuestra a la gente y se le lleva a lugares desconocidos para sus seres queridos. En la violencia que ha acechado muchos países latinoamericanos durante los últimos cincuenta años, a esta práctica se la denominado “los desaparecidos”. Algunas veces los desaparecidos jamás fueron encontrados, y lo que pasó con sus restos, permanece desconocido hasta nuestros días. En otras instancias, los cuerpos fueron tirados en lugares conspicuos o incluso en las gradas de sus propias casas –como una advertencia en contra de cualquier protesta o grito contra la injusticia. El propósito de tales acciones es crear un clima de miedo de tal manera que nadie levante su voz. El silencio amortaja la maldad y las atrocidades.

Además de esto, el silencio también se crea de otra manera. Se siembra la desconfianza entre los vecinos e inclusive, entre las familias. La gente tiene miedo de que alguna cosa que digan sea reportada a las autoridades y se convierta en un motivo para su arresto e interrogación. Como resultado la gente se encuentra poco dispuesta a tomar iniciativas o a comprometerse en cualquier protesta o acción pública en contra de la injusticia. En Europa Central, durante el período comunista, esto creó un comportamiento social al que se le ha denominado el *homo sovieticus*. Tal rechazo a ser parte de las asociaciones voluntarias o de participar en un debate público ha hecho muy difícil la construcción de las sociedades civiles necesarias para que florezca la democracia.

Este tipo de silencio va más allá de la no-comunicación. Encubre la maldad y los modelos disfuncionales, tal práctica constituye un tipo de mentira. Crea y sostiene lo que se ha llamado “cultura de la mentira”, que altera y distorsiona no solamente el recuento de lo que ha pasado, sino que también envenena las relaciones humanas. Equivale a envenenar un pozo del que bebe una comunidad: sus efectos permanecen durante mucho tiempo.

El principio de contar la verdad – ya sea a un nivel nacional o dentro de las instituciones – está en el reconocimiento de esta cultura de silencio, y en la toma deliberada de los pasos que se requieren para penetrar en la emanación nociva que genera esta cultura. Por ejemplo, luego de la caída del Muro de Berlín, Alemania abrió al público los archivos de la Stasi (policía secreta). Estos archivos no sólo mencionaban lo que se había reportado sobre los individuos, sino que también incluían quién había hecho el reporte. Esta práctica se ha repetido en muchos países con la finalidad de poner al descubierto la maldad que los gobiernos han tratado de mantener escondida. Los comportamientos de silencio, adoptados dentro de instituciones como la Iglesia o la

familia, resultan muy difíciles de romper, dado que se han impregnado profundamente en los hábitos de comportamiento. Si se confronta con alguna evidencia que comience a romper el silencio, la negación automática pasa a ser la respuesta preferida.

Romper el silencio en todas estas instancias no sólo es un compromiso de revelar lo que ha estado oculto. También es una declaración pública de que en adelante ya no tolerarán esas culturas de silencio. De cualquier manera, para llegar a ese punto, se requiere algo más que un ejercicio de la voluntad. En medio del conflicto, cuando son posibles las represiones por decir la verdad, los intentos por decir la verdad, algunas veces pueden aumentar aun más el miedo y favorecer el crecimiento de una cultura de silencio o de la mentira. Frecuentemente el rompimiento del silencio no es el fruto de una campaña organizada – especialmente cuando la violencia aún se está perpetrando –, sino que es el resultado de una acción profética realizada por una persona o un grupo de personas. Estas personas no reciben el mandato de hablar públicamente de un comité o de un proyecto pastoral; viene a ellos o ellas –a menudo repentina e inesperadamente, **directamente de Dios.**

### **Narrar fiel y directamente la historia respecto al pasado**

El romper las barreras de silencio que han rodeado el pasado es el primer paso en la búsqueda de la verdad, es la primera exigencia en relación al proceso de reconciliación. El segundo paso es construir un relato fiel de lo que en realidad sucedió. Esto implica la destrucción de las mentiras que se han contado respecto a los eventos del pasado, así como el tomar y relatar los hechos de la manera más directa y clara que sea posible.

El vivir en una zona de guerra en una situación de conflicto creciente se marca usualmente por las mentiras y los rumores. Se ha dicho con frecuencia que la verdad es la primera casualidad de la guerra, en lo que ambos lados tratan de justificar sus acciones y ganar el apoyo necesario respecto a lo que están realizando o de intimidar a los demás para que acepten su versión de la historia. Los rumores se utilizan para esparcir la falsedad respecto al enemigo percibido y para incitar a una acción violenta.

La falta de seguridad y el clima de miedo que rodea las situaciones de violencia tienen otros efectos en la acción de contar o decir la verdad respecto a los hechos. Personas que han sido arrestadas o familias que cuyos seres queridos han desaparecido o han sido asesinados, llevan en sí mismas un estigma, como si se tratara de una enfermedad contagiosa. A las personas que han sido arrestadas o desaparecidas se les designa como malhechores y enemigos de Estado. El llamar “comunista” a cualquier oponente a las dictaduras que alguna vez prevalecieron en Latinoamérica o África del Sur, era una manera de justificar el maltrato que recibieron de parte del Estado. En Guatemala, los indígenas fueron maltratados y asesinados por el ejército cuando se les etiquetó como guerrilla insurgente. (Aquí en Colombia los campesinos han sufrido lo mismo desde los manos de FARC e/o los paramilitares.) Estos juicios funcionaron como si estas personas hubieran tenido una enfermedad contagiosa: cualquier contacto con ellos traería el mismo castigo para sus vecinos, amigos, y parientes. El quitar ese estigma, mediante la exposición de lo que verdaderamente había sucedido, es muy importante para el reestablecimiento de la verdad — la dignidad humana — de aquellas personas que han sido tan marcadas y heridas por un régimen injusto.

En Guatemala se han realizado esfuerzos para crear un documento que contenga lo que ha sucedido realmente, en especial lo que ha ocurrido a las víctimas de la violencia. En Guatemala el Proyecto REMHI (Recuperación de la Memoria Histórica) documentó la masacre de pueblos enteros, llevada a cabo por las fuerzas armadas. Una acción similar se realizó en Perú con la finalidad de documentar las historias de las víctimas tanto del ejército como del movimiento insurgente Sendero Luminoso. Más recientemente se han establecido públicamente los recuentos de tortura realizados durante el régimen del General Augusto Pinochet, en Chile. Este acto de narrar la verdad referente a los hechos históricos es esencial para la reconstrucción de la narrativa histórica del país. La historia que contamos acerca de nuestra nación necesita reflejar lo que verdaderamente ha pasado, y no sólo desde la perspectiva de los ricos y poderosos o ganadores. El no reconstruir la narrativa roba a las víctimas su dignidad. En lo que se refiere a los muertos — cuya vida no puede ser restaurada —, la verdad de lo acontecido es lo único que puede servir como un monumento memorial de su sufrimiento.

### **Las comisiones de la verdad y la reconciliación**

Una de las herramientas en la acción de contar la historia y de reconstruir la sociedad han sido las Comisiones de la verdad y la reconciliación. Estas comisiones nacionales, usualmente mandadas por un gobierno surgido posterior al conflicto, tienen un propósito concreto en la reconstrucción del país. Desde 1980 ha habido unas treinta y tantas comisiones en diferentes partes del mundo. Al principio, a algunas de ellas se les llamó Comisiones para la justicia y reconciliación, dado que la intención era el establecimiento de la justicia. Pero la justicia auténtica no debe provenir de las comisiones nombradas, sino de gobiernos debidamente constituidos y sistemas judiciales que estén funcionando apropiadamente.

El modelo que inspiró las primeras Comisiones de la verdad y la reconciliación fueron los juicios de guerra llevados a cabo en Nuremberg, Alemania, en 1946, en los cuales se enjuició públicamente a los principales oficiales del Régimen nazista. Las Comisiones de la verdad y reconciliación contemporáneas más conocidas son las de Chile y África del Sur. En este momento, en Camboya, se está formando un tribunal muy importante para documentar los crímenes cometidos por el régimen de Pol Pot. Otras — Como las de Timor Oriental — al momento parecen estar estancadas.

Lo que ha sido claro en tales comisiones es que nunca podrá decirse toda la verdad. En muchas ocasiones la maldad se perpetró en una escala tan grande de tal manera que es imposible documentar cada atrocidad. Lo que ahora se ha instalado como modelo es que tales comisiones están supuestas a hacer dos cosas. Primero que todo, deben dirigirse a buscar algunos aspectos de la maldad perpetrada en el pasado y proveer documentación en esa área. Segundo, deben contribuir a la construcción de una nueva sociedad. Es muy típico que a tales comisiones se les den mandatos específicos y un tiempo determinado para realizarlos.

A la Comisión Chilena, por citar un ejemplo, se le pidió que colectara información sobre las tres mil personas asesinadas durante el régimen de Pinochet, y que al mismo tiempo hicieran sugerencias sobre la compensación que debía darse a las familias de los sobrevivientes de quienes habían sido asesinados. En África del Sur, la Comisión fue un foro donde los miembros de las familias sobrevivientes podían reportar

las atrocidades cometidas por las Fuerzas de la Defensa (y también por los grupos que se oponían al separatismo), y quienes habían cometido atrocidades podían reportar sus acciones y pedir amnistía para ellos. El doble propósito era el lidiar con el pasado y comenzar la reconstrucción de la sociedad surafricana. El foro recientemente concluido en Ghana intentó documentar la violencia perpetrada en el pasado a partir de la fecha de su independencia nacional, pero después fijó su punto de partida en el régimen de Jerry Rawlings.

Las comisiones de la verdad y reconciliación intentaron llegar a la verdad para que ésta sirviera como cimiento de la reconstrucción social. A menudo resultan ser muy controversiales para las víctimas porque no son capaces de lidiar con todas las falsedades del pasado. Estas mismas son frecuentemente desafiadas por los malhechores quienes siempre cuestionan la veracidad de sus conclusiones. Imperfectos instrumentos como puedan ser, aun cuando las Comisiones puedan ser instrumentos imperfectos, estas constituyen un signo de buena fe del nuevo gobierno que busca lidiar con el futuro de manera honesta.

### **La verdad como preludeo a la justicia**

Una cosa que las Comisiones de la verdad y la reconciliación han logrado es una amplia advertencia de que cualquier intento por establecer la justicia en el nuevo orden social requiere que se edifique sobre el fundamento sólido de la verdad. Se sabe que la justicia que se busca antes de la verdad, rápidamente puede convertirse en una simple venganza. Es posible que la venganza pueda dar una satisfacción temporal a las víctimas o a sus familiares sobrevivientes, pero la venganza en sí misma sólo perpetúa el ciclo de violencia. Es el caso de los conflictos que se han mantenido durante muchos años (tal es el caso de los Balcanes) donde cada persona ha sido víctima y agresor. Lo mismo puede decirse de Ruanda y Burundi, a partir de los años 50. La justicia debe entenderse no sólo como el castigo de los agresores (aunque este es un elemento esencial de la justicia). La justicia también incluye la manera en que se enjuicia al agresor: debe reflejar una litigación apropiada y completa en relación al crimen. En tal instancia, la verdad es algo más que el establecimiento de los hechos. También implica una actuación coherente y confiable.

### **La verdad en la tradición bíblica y espiritual**

Como mencioné anteriormente, la reconciliación social, es a menudo, un proceso largo y difícil. A fin de sostener la motivación en el trabajo de la reconciliación, se hace importante tener una espiritualidad que nos mantenga en este sendero. Al reflexionar en la función de la verdad dentro del proceso de reconciliación, resulta muy útil reflexionar brevemente en el sentido de la verdad dentro de nuestra tradición bíblica y espiritual.

Nuestro concepto está fuertemente influenciado por el pensamiento griego, que ve la verdad como algo que debe conocerse, como si ésta fuera un hecho concreto o una proposición. Tal entendimiento de la verdad también puede encontrarse en el Antiguo Testamento, y éste revela un aspecto muy significativo de la verdad. Hemos visto lo importante que es el conocer la historia del pasado en concordancia con lo acontecido.

Aun así, el concepto hebreo de la verdad agrega facetas muy ricas a nuestro entendimiento y espiritualidad. El vocablo hebreo *'emet'* connota dependencia, confiabilidad, fidelidad, constancia, resolución. Éstas conforman una mezcla rica de conceptos que juntos hacen de la verdad algo en lo que podemos confiar –algo que no cambia arbitrariamente o que amenaza con dejarnos ante el primer destello de adversidad. En lugar de ser un concepto intelectual, la verdad es algo moral y relacional. La verdad es algo en lo que podemos confiar. Dios, como manantial de la verdad, es la fuente de fidelidad por excelencia.

Posiblemente la manera más sencilla de entender la reconciliación es el verla como una restauración de la confianza y como la capacidad de confiar. Es precisamente la confianza lo que se ha roto en pedazos ante cualquier tipo de violencia. La restauración de la confianza hace posible las relaciones justas e igualitarias que distinguen a una sociedad verdaderamente justa.

Es esa confianza la que esperamos encontrar en nuestra búsqueda por la verdad: algo confiable y constante que no esté sujeto a juicios arbitrarios o cambios aleatorios. Luego de un período en el que hemos estado sometidos a los antojos de los poderosos o a las depredaciones de la violencia, buscamos algo en lo cual podamos confiar verdaderamente. Esto describe apropiadamente la verdad que se busca en los procesos de reconciliación: algo en lo cual podamos confiar, emitida por alguien de nuestra confianza, algo que describa nuestra experiencia de lo que ha pasado, y algo que corresponda a nuestra experiencia de lo que el mundo está supuesto a ser.

La constancia y **fidelidad** divina, extendida especialmente en la alianza establecida con el pueblo de Israel, es un tema recurrente de la Escritura. La Alianza permanece como el gran símbolo de lo que Dios es para nosotros, y de cómo Dios se relaciona con nosotros, aun cuando le somos infieles. Jesús nos proclamó que “él es el camino, la verdad, y la vida” (Juan 14,6), y pide que seamos consagrados en esa verdad (Juan 17,17). La verdad pasa a ser algo más que una serie de preposiciones o hechos: se convierte en un estilo de vida en consonancia con la con la esencia de la verdad, que es Dios mismo.

Es esa comunión profunda con Dios que es verdad es la que hace posible una sociedad diferente. Es en tal sociedad donde nuestras relaciones con los demás buscan asemejarse más y más a la relación que distingue a las Personas de la Santísima Trinidad. Es esta dependencia, esta resolución la que se convierte en la base para la construcción de una nueva sociedad. En el Nuevo Testamento, es el testimonio de Jesús y sus discípulos lo que constituye la base de la verdad: el testimonio de lo que ha hecho Dios por medio de Jesús para el bien de un mundo fragmentado. Jesús es la verdadera luz que ilumina a cada persona que viene a este mundo (Juan 1:9). El hogar de la verdad que estamos tratando de formar, se está construyendo sobre la cimentación sólida del testimonio de los apóstoles y profetas, cimentación que tiene por piedra angular a Cristo, quien mantiene unidas todas las cosas, como se expresa claramente en su carta a los Efesios. Ahí estamos contruidos espiritualmente como una morada de Dios (Efesios 2,20-22).

Sabemos que es algo difícil lograr tal realidad de una morada espiritual, donde extraños y ciudadanos, y donde los enemigos de antaño, puedan habitar juntos y en paz; de hecho, parece imposible de alcanzar. Ciertamente es el caso de una situación como la de Colombia que ha sufrido la guerra durante muchos años. Se necesita unir todo tipo de pensamientos en la lucha por la justicia y la obtención de una verdad **plena**. El hecho de

que esta sea la tercera conferencia dedicada al tema de la reconciliación significa que no se ha renunciado a la esperanza.

Y hay semillas de esperanza. John Paul Lederach, un mediador que ha trabajado durante muchos años aquí en Colombia, en su libro más reciente, *La imaginación moral*<sup>1</sup>, narra una historia de lo que sucedió en Colombia. En 1987, un grupo de campesinos en La India se puso de pie frente a un capitán de la armada, notoriamente violento, que estaba ofreciendo amnistía si tomaban las armas para pelear contra la guerrilla. Josué, uno de los campesinos, le respondió en estas palabras:

Usted habla de perdón, pero ¿qué nos debe perdonar? Ustedes son los que han violado. Nosotros no hemos matado a nadie. Usted quiere darnos millones pagados por el Estado, pero uestes no nos facilitarán ni siquiera el mínimo de crédito para satisfacer nuestras necesidades agrícolas. Hay millones para la guerra, pero nada para la paz. ¿Cuántos hombres y armas hay en Colombia?... ¿De qué ha servido todo esto? ¿Qué se ha compuesto? Nada... Hemos llegado a la conclusión de que las armas no resuelven una sola cosa y que no hay razón para que tomemos las armas... Todos nos conocemos unos a otros. Y, ¿quiénes son ustedes? Ustedes traen gentes a nuestras casas para que nos acusen, nos mienten, y cambian de lado según les convenga. Y ahora ustedes, los que han cambiado de lado, nos piden que sigamos su ejemplo violento. Capitán, con todo el respeto que usted se merece, no planeamos unirnos a su lado, al de ellos, o a cualquier lado. Y no dejaremos este lugar. Encontraremos nuestra propia solución.

Josué y sus colegas campesinos fundaron la *Asociación de trabajadores campesinos de Carate* y rompieron el código de silencio y se organizaron a sí mismos, y pronto, otros grupos de campesinos de La India, siguieron su ejemplo. Ayudaron a reducir el nivel de conflicto en Magdalena Medio, aun cuando no lo eliminaron totalmente. Josué y otros líderes fueron asesinados por los sicarios, pero el movimiento aun sigue vivo.

Pero ellos continúan inspirando a otros. Rompiendo el silencio, diciendo la verdad, estableciendo un precedente sobre lo sucedido –todo esto constituye una parte necesaria en la construcción de una paz justa, de una sociedad justa. Puesto que creo que el trabajo de la justicia y la reconciliación, primero y ante todo, son obra de Dios, no podemos perder la esperanza. Dios estará con nosotros. Y Dios está con nosotros, especialmente cuando permanecemos unidos dependiendo plenamente de él, cuando permanecemos unidos en la confianza en él, cuando permanecemos unidos en su constancia sobre la cual construimos nuestras luchas por una sociedad justa.

---

<sup>1</sup> John Paul Lederach, *The Moral Imagination: The Art and Soul of Pacemaking* (New York: Oxford University Press, 2005), 13 – 16. Toma su relato de Alejandro García, *Hijos de la violencia* (Barcelona: La Catarata, 1996). La cita es de García, página 189.